

Hijos del Trueno

**La Tercera Guerra Carlista en Galicia
y el Norte de Portugal**

·COLECCIÓN LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI·
HISTORIA DEL CARLISMO·1·

Alfredo Comesaña Paz

Hijos del Trueno

La Tercera Guerra Carlista en Galicia
y el Norte de Portugal

·SCHEDAS·

·COLECCIÓN LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI·HISTORIA DEL CARLISMO·1·

Hijos del Trueno

La Tercera Guerra Carlista en Galicia y el Norte de Portugal

© 2016, del texto, Alfredo Comesaña Paz

© 2016, de la edición,

SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial 43C, 6ºD. 28005-Madrid.

www.schedas.com Tel. 911264770 ofi@schedas.com

Fotografía de cubierta: La partida mindoniense de David Cornejo, fotografiada por
Antonia de Santos

Fotografías de páginas 56, 165, 309, 351, 421, 456: José de Lejarreta

Diseño de cubierta: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-25-4

ISBN (EPUB): 978-84-16558-27-8

ISBN (Kindle): 978-84-16558-26-1

Printed: CreateSpace, Amazon.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
SIGLAS	15
I PARTE: Antecedentes	17
<i>La génesis del carlismo</i>	19
<i>La larga travesía (1840-1868)</i>	27
<i>La política religiosa del Sexenio: leitmotiv contrarrevolucionario</i>	33
<i>El arma de la palabra frente a la palabra de las armas:</i>	
<i>La Comunión Católico-Monárquica y la estrategia</i>	
<i>de las cuatro pes (prensa, propaganda, púlpito y parlamentarismo)</i>	49
<i>Las bases sociales del carlismo galaico en el Sexenio Revolucionario</i>	79
II PARTE: La guerra	95
<i>Preparativos y primeros amagos de insurrección</i>	97
<i>Rasgos definitorios de la guerrilla carlista gallega: espacio geográfico, organización, composición y tipología de las acciones guerrilleras</i>	99
<i>Desarrollo del conflicto (1872-1876)</i>	151
<i>Provincia de Lugo</i>	169
<i>Provincia de Orense</i>	255
<i>Provincia de La Coruña</i>	303
<i>Provincia de Pontevedra</i>	335
<i>El apoyo social a las facciones: una insurgencia contrarrevolucionaria popular</i>	345
III PARTE: Portugal y la Tercera Guerra Carlista en Galicia	387
<i>El norte de Portugal, base logística del carlismo gallego</i>	389
<i>Vicente Sabariegos y Regino Mergeliza de Vera: el frustrado proyecto de un mando único en Galicia con base en el norte de Portugal</i>	435

IV PARTE: La derrota	459
<i>Del desafío a la retirada: balance final</i>	461
<i>El desquite, la represión sufrida por el carlismo gallego</i>	475
CONCLUSIÓN	513
EPÍLOGO	517
LA ESENCIA DE LA TRADICIÓN	523
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	525
ÍNDICE TOPONÍMICO Y ONOMÁSTICO	531

Agradecimientos

El presente trabajo, galardonado con el Premio Internacional Luis Hernando de Larramendi en su XIV edición ex aequo con el de la Dra. Dña. Mercedes Vázquez de Prada¹, no sería posible llevarlo a término sin el apoyo en todos los órdenes de la Fundación Ignacio Larramendi.

Quisiera, por tanto, iniciar esta monografía que usted, preciado lector, tiene en sus manos, expresando mi agradecimiento a dicha entidad que, en tiempos tan difíciles como los actuales, supone para aquellos investigadores interesados en el estudio del carlismo uno de las escasos, sino el único, certamen de referencia en este ámbito al que deseo mil primaveras más.

No puedo por menos que hacer extensivo mi reconocimiento al Dr. Don Alfonso Bullón de Mendoza cuyos consejos y recomendaciones han contribuido a corregir y mejorar el contenido del presente trabajo y al personal de los diferentes archivos, en especial al del Archivo Histórico Universitario de Santiago de Compostela, por su profesionalidad, buena disposición y paciencia con el que escribe estas líneas durante estos últimos años.

¹ VÁZQUEZ DE PRADA, Mercedes, *El fin de una ilusión, auge y declive del tradicionalismo carlista (1957-1967)*.

«Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo, a quienes puso el sobrenombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno». Mc 3,17

«Si vosotros, hijos predilectos de nuestro glorioso Patrón Santiago, queréis permanecer sumidos en tan incalificable marasmo, arrojad al menos al océano, que baña vuestras risueñas playas, esas veneradas cenizas que encierra Compostela, glorioso monumento en otro tiempo de vuestra acendrada fe, y convertidas hoy en terrible, acusador espectro de vuestra apatía.

.....

A las armas: Valientes galaicos; y probad a la España y al mundo entero, que si habéis sido los últimos en acudir de una manera eficaz al llamamiento de nuestro legítimo y amado Soberano, por vuestro valor y heroísmo sois dignos de colocaros al par de los primeros». Regino Mergeliza de Vera²

² Comandante General de las fuerzas carlistas de Galicia, fragmento de la proclama «Habitantes de Galicia», 16 de julio de 1874.

Introducción

La Tercera Guerra Carlista (1872-1876)³, de la que este año se cumple el 140 aniversario de su finalización, no tuvo a Galicia como uno de sus principales teatros de operaciones. Las tierras del cuadrante noroccidental peninsular, en el contexto global de la campaña militar librada entre las fuerzas gubernamentales y tradicionalistas, constituyeron un escenario de segundo orden al no contar el carlismo galaico con mandos capaces de lograr una acción coordinada de las distintas partidas guerrilleras ni mucho menos de convertirlas en fuerzas regulares con capacidad operativa suficiente para enfrentarse en campo abierto o, al menos, mantener en jaque a las fuerzas adictas al gobierno de Madrid.

Sin embargo, no puede desdeñarse ni debe caer en el olvido el papel de los voluntarios galaicos de don Carlos en la tercera guerra civil que se libraba en España en menos de medio siglo pues, aunque las magnitudes de las tropas movilizadas y los enfrentamientos librados resultaron modestos, durante los años de la guerra las facciones gallegas concitaron la preocupación de la Capitanía General de Galicia que no dudó en movilizar a un buen número de unidades de las fuerzas del orden y militares para yugular las actividades de los insurrectos.

La vía del recurso a las armas por la contrarrevolución para derribar a un monarca y su gobierno considerados ilegítimos no era nuevo. Era la tercera vez que una generación de españoles se veía inmersa en una guerra civil. En apariencia, parecía ser un conflicto meramente dinástico entre dos ramas de la casa de Borbón en disputa por el trono o en 1872 contra un rey extranjero salido de una revolución, pero sería erróneo quedarse tan sólo en esta primera lectura.

³ Pese a que, para un sector de la historiografía, esta sería la segunda campaña carlista, obviando la desarrollada entre 1846 y 1849, en este documento se mantendrá la ordenación tradicional de las tres guerras civiles carlistas, siendo la que nos ocupa la tercera.

Las guerras carlistas fueron la manifestación extrema de un conflicto con motivaciones de mayor calado en la que pugnaban por imponerse dos modelos sociopolíticos antagónicos dentro del proceso de profundas transformaciones abierto en el mundo contemporáneo por el liberalismo.

En este contexto, si bien el carlismo bélico gallego no pudo evitar que las numerosas partidas de guerrilleros fueran desbaratadas, ello no obsta para ponderar en su justa medida la actividad desplegada por estas ni el impacto que tuvo el conflicto en ciertas áreas de Galicia, en donde durante meses los nombres de Suárez, Núñez Saavedra, Andrade o Sabariegos resonaban con una mezcla de temor y admiración entre los habitantes de numerosas comarcas de Orense, Lugo y La Coruña, así como en la vecina Portugal cuya área fronteriza servía como refugio y zona de paso de las fuerzas carlistas con las consecuencias derivadas que la actividades del legitimismo hispano tenían en las relaciones bilaterales de ambas naciones ibéricas.

Hasta la fecha, el estudio de la Tercera Guerra Carlista en Galicia se ha hecho a través de destacadas obras de carácter generalista que abordan esta contienda dentro del marco general de las guerras carlistas en España, como sucede con Melchor Ferrer⁴, o en Galicia, caso de Xosé Ramón Barreiro⁵. Asimismo, sobresalen pequeños e interesantes trabajos y artículos con un enfoque temático más limitado sobre un aspecto concreto de esta guerra en Galicia como sucede con la obra de Xosé Ruiz Leivas y Andrés García Doural⁶ sin que exista un trabajo monográfico centrado en exclusiva en los sucesos acaecidos en esta guerra en Galicia.

Precisamente esta es la razón de ser de este trabajo: llenar en la medida de lo posible alguno de los vacíos existentes en el estudio del desarrollo de la Tercera Guerra Carlista en suelo galaico con nuevas aportaciones que enriquezcan su perspectiva y, por qué no, el debate de los datos y su interpretación contenidos en las

4 FERRER, Melchor, *Historia del Tradicionalismo Español*, Tomo XXVI, Sevilla, Editorial Católica Española, 1959.

5 BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón, *O carlismo galego*, Ames, Edicións Laiovento, 2008.

6 RUIZ LEIVAS, Xosé; GARCÍA DOURAL, Andrés, *A partida carlista mindoniense. 1872*, Mondoñedo, Asociación de amigos de la ciudad de Mondoñedo, 2004. (Colección Temas Mindonienses, 1).

líneas que siguen abriendo nuevas vías de investigación. Para ello se ha tratado de, siempre que ha sido posible, tomar contacto con fuentes primarias en la búsqueda de datos de primera mano que contengan la mínima «contaminación interpretativa» posible de los hechos.

¿Qué papel desempeñó el norte de Portugal para el carlismo gallego durante la guerra? ¿Qué suerte corrieron los dos comandantes generales con los que el carlismo intentó forjar un mando coordinado de las facciones gallegas? ¿Cómo eran los entresijos internos de las diferentes partidas? ¿Qué tipo de acciones realizaban? ¿Cuáles eran sus metas? ¿Quiénes eran sus jefes? ¿Quiénes eran los que apoyaban a los guerrilleros? ¿Realmente contaba el carlismo gallego con apoyo popular o se trataba de unos cuantos labriegos alzados en armas manipulados por élites propietarias y religiosas? ¿Las facciones fueron un producto rural? ¿Cuál fue el balance final de la guerra?...

Estas son sólo algunas de las preguntas sobre las que este trabajo intentará arrojar luz y, al menos, cuando no sea posible dar una respuesta completamente satisfactoria, proporcionar nuevos enfoques que contribuyan a ir desenmarañando la madeja.

El hecho de que el título de esta obra incluya una mención al septentrión luso y su vinculación con el carlismo gallego no es más que el reflejo de la reivindicación de la necesidad de abordar el estudio las relaciones transfronterizas hispano-lusas y el papel que el país vecino tuvo en el contexto de los conflictos bélicos que sufrieron ambos países ante el habitual abandono o escaso interés de la historiografía por analizar este aspecto.

En este sentido, la Tercera Guerra Carlista tampoco constituyó una excepción. Portugal jugó un destacado papel para los voluntarios de don Carlos que intentaron convertirlo en tierra de refugio, lugar para tejer conspiraciones y plataforma logística con objetivos tan ambiciosos como organizar un mando único que dirigiese un alzamiento generalizado en Galicia así como utilizar el suelo lusitano como cobijo cuando el lazo de las fuerzas del gobierno amenazaba con aniquilar las partidas orensanas.

Además de la actividad guerrillera, tampoco puede soslayarse el activismo de una porción de la población gallega afecta al tradicionalismo, cristalizado en la labor desarrollada por sus élites en el ámbito religioso, político, literario y periodístico a través de

relevantes figuras de un renovado tradicionalismo como Luis de Trelles, Félix Álvarez de Villaamil o Soto Freire y en la colaboración prestada por el conjunto de esta masa social a aquellos que formaban las facciones una vez iniciada la guerra.

El análisis de la naturaleza heteróclita del carlismo gallego comporta otro de los ejes de estudio de este documento a través del cual se desentrañará una visión poliédrica de un fenómeno que con frecuencia es simplificado hasta la absurda caricaturización al interpretarse como un conjunto de ignorantes campesinos y clérigos trabucaires opuestos a la apertura de la modernidad. Sin embargo, el carlismo fue más que eso o, por lo menos, no fue sólo eso.

El compromiso con el credo tradicionalista de este sector de la sociedad galaica, al que denominaremos de manera indistinta como «carlismo político», «carlismo no beligerante», «carlismo de retaguardia» o «carlismo civil», mantendrá viva la llama de sus convicciones y dejará una impronta que hará que, en la infancia y juventud transcurridas en los años que nos ocupan, otras célebres figuras de la intelectualidad gallega crezcan imbuidas por los valores ligados a la tierra, la cruz, la tradición y la corona inculcados en el seno familiar. Es el caso de Vázquez de Mella, Emilia Pardo Bazán, Valle Inclán, Alfredo Brañas y tantos otros.

No podría acabar esta breve introducción para llamar la atención a los responsables de uno de los fondos archivísticos más importantes en el estudio del carlismo gallego, el Fondo Castroviejo Blanco Cicerón, custodiado en el Archivo Histórico Universitario de Santiago de Compostela.

Por una parte, reiterar la excelente profesionalidad y diligencia de las personas que desempeñan su trabajo en este archivo; por otra, insistir en la necesidad de dotar de medios a este archivo para que, con urgencia, procedan a cubrir una importante carencia para la correcta prestación de sus servicios: realizar un inventario, digital e impreso, del Fondo Castroviejo Blanco Cicerón al que puedan acceder los investigadores para su consulta.

Siglas

- AHDL: Arquivo Histórico Diplomático de Lisboa
- AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid
- AHML: Arquivo Histórico Militar de Lisboa
- AHPL: Arquivo Histórico Provincial de Lugo
- AHPP: Arquivo Histórico Provincial de Pontevedra
- AHU: Arquivo Histórico Universitario, Universidade de Santiago de Compostela
- ARAG: Arquivo Real Academia Galega
- CGG: Capitán/Capitanía General de Galicia
- CMC: Comandante militar de La Coruña
- CML: Comandante militar de Lugo
- CMM: Comandante militar de Mondoñedo
- CMO: Comandante militar de Orense
- CMP: Comandante militar de Pontevedra
- CMS: Comandante militar de Santiago de Compostela
- FCBC: Fondo Castroviejo Blanco-Cicerón
- GCL: Gobernador civil de Lugo
- GCO: Gobernador civil de Orense
- GCP: Gobernador civil de Pontevedra
- MG: Ministro/Ministerio de Guerra.

I PARTE
LOS ANTECEDENTES

La génesis del carlismo

Los vocablos de origen catalán *carlí* o *carlin* y su forma plural *carlins* fueron, al parecer, los primeros en ser empleados para designar a los partidarios de Carlos María Isidro en los años 20 y 30 del s. XIX⁷. Poco después, desde Cataluña estas expresiones serían ampliamente difundidas al resto de España bajo la forma en castellano de *carlista* y *carlismo*.

Sin embargo, el carlismo ya tenía un recorrido previo a la aparición en la escena política del infante don Carlos María Isidro como la opción dinástica que por derecho debía de suceder en el trono a su hermano el rey Fernando VII en lugar de la hija de este y sobrina de aquel, Isabel, que ocuparía el trono siendo conocida como Isabel II.

En efecto, el precarlismo, configurado como un grupo político de carácter antiliberal y contrarrevolucionario, ya estaba presente en una España que daba cobijo a los exiliados galos que huían del rigor revolucionario francés. Poco podían prever el obispo de Orense, Pedro Quevedo y Quintano y el coronel realista francés refugiado en nuestro país, Clausel de Coussergues, a finales del siglo XVIII que en España pudieran florecer las consignas que se imponían en el país vecino⁸.

Pero así fue y así nació en España también la contrarrevolución. En las Cortes de Cádiz este movimiento ya mostró su claro rechazo a los vientos de cambio que defendían los adeptos al liberalismo y su compromiso con la defensa de la preservación del viejo régimen. Sin embargo, en esta etapa eran conocidos como los serviles para posteriormente denominarse absolutistas o realistas.

Cuando, años después, los realistas comiencen a agruparse en torno a la figura del infante don Carlos María Isidro pasarán a ser

7 ARÓSTEGUI, Julio; CANAL, Jordi; G. CALLEJA, Eduardo, *El carlismo y las guerras carlistas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, p.31.

8 COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis, «Sobre los orígenes del carlismo», en *Las guerras carlistas*, Madrid, Curso de verano 1992 Universidad Complutense de Madrid dirigido por Alfonso Bullón de Mendoza, Actas Editorial, 1993, pp. 27-28.

conocidos como carlistas. Será entonces cuando, a la la adopción de una postura política antiliberal, se le sume la cuestión dinástica al defender la legitimidad de don Carlos para suceder en el trono a su hermano el rey Fernando VII en lugar de que lo hiciera la hija de esta, Isabel II.

Así pues, el tiempo que media desde la década de los veinte del siglo XIX y la muerte de Fernando VII en 1833 constituye la etapa en que se gesta la denominación de carlismo para identificar a los defensores de las tesis antiliberales y que previamente eran conocidos como realistas.

De hecho, incluso la oposición armada de la contrarrevolución, bajo la dirección de la llamada Regencia de Urgel⁹, ya había surgido antes de la misma aparición del carlismo de la mano de los realistas durante el Trienio Liberal, lo que a la postre sería el primer capítulo de la larga contienda librada entre el liberalismo y la contrarrevolución.

Fue así como, en agosto de 1822, once años antes del estallido de la Primera Guerra Carlista, surgen las primeras facciones en el campo compuestas, en buena parte, por exguerrilleros de la Guerra de Independencia instigadas por el clero, algunos militares en activo con una base social compuesta por población campesina sin descartar matices que, en ocasiones, las acercaban a una forma de protesta social e incluso al bandolerismo justificado con una pátina ideológica. Estas facciones realistas tuvieron su mayor desarrollo en Cataluña, Navarra, Maestrazgo y en menor medida en Castilla, Valencia, Aragón, Galicia, etc. con muy poca presencia en el sur, esbozando lo que a la larga serían las principales zonas de activismo carlista.

La sublevación realista fue pronto controlada por el gobierno liberal pero, la llegada de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823, dio un vuelco a la situación a la vez que supuso un balón de oxígeno para los guerrilleros que se integraron en el cuerpo expedicionario francés, entre los primeros estuvo el cura Merino. Surgieron entonces numerosas juntas realistas entre las que se encontraba la Junta Apostólica de Santiago de Compostela que parece haber dado lugar a la denominación de apostólicos para los realistas más exaltados.

⁹ MORAL RONCAL, Antonio M., *Los carlistas*, Madrid, Arco/Libros, Cuadernos de Historia, 2002, p. 10.

El triunfo de la expedición del duque de Angulema y la restauración del absolutismo fernandino no colmó las pretensiones de los realistas más intransigentes que pronto se vieron desplazados por elementos moderados fruto de la voluntad de un monarca dispuesto a realizar concesiones que suavizasen las formas de un régimen cara al exterior y a la propia oposición liberal interior.

Por tanto, los últimos diez años de reinado de Fernando VII supusieron una pugna entre las facciones absolutistas que o bien apoyaban la tímida apertura del rey o se agrupaban en torno a su hermano Carlos que había realizado un recorrido ideológico inverso, optando el rey por una línea moderada desarrollada por figuras como Calomarde o Cea Bermúdez que progresivamente se mostró favorable a ciertas reformas, entre las que destacaría la falta de voluntad para facilitar una vuelta de la Inquisición abolida por los liberales o el acercamiento a un modelo de Carta Otorgada similar al francés.

Esto provocó una reacción en los ahora conocidos como carlistas, aunque en estos primeros momentos también seguían siendo conocidos como exaltados o apostólicos, que intentaron organizar un movimiento de oposición a cualquier reforma que supusiese un régimen similar al de «Cámaras» francés que no descartaba la vía conspirativa (intentona del brigadier Capapé y el general Grimarest iniciada en mayo de 1824 en Aragón; la del brigadier Bessières en Molina de Aragón en 1825; Morales en Granada; la de los *malcontents* en Cataluña reventada en 1827...) en la que la policía fernandina veía la larga mano de los carlistas para entronizar a don Carlos como medio para conseguir sus fines.

El carlismo se nutrió del sustrato ideológico aportado por los realistas que configuraron un ideario condensado de manera certera por Alexandra Wilhemsen¹⁰ en siete grandes principios ideológicos que, con su lógica evolución, todavía perviven en el movimiento tradicionalista español actual, condensados bajo la tríada «Dios, Patria, Rey» o la tétrada «Dios, Patria, Fueros, Rey».

La nación, frente a las ideas revolucionarias importadas del extranjero; constitución, rechazaban que bajo la forma de una constitución naciese una España diferente al país que llevaba

10 WILHEMSEN, Alexandra, «La teoría del tradicionalismo político español (1810-1875): realismo y carlismo», en *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: el carlismo (1833-1975)*, Madrid, Colección Luis Hernando de Larramendi, Actas Editorial, 2001, pp. 30-40.

siglos de existencia (todo lo más algunos realistas aceptaban que las leyes viejas pudieran estar recogidas en un documento redactado bajo la forma de una constitución de carácter flexible y no una larga norma suprema pétrea).

La soberanía residía en el pueblo pero este la delegaba en una persona o institución para que lo ejerciese, la corona, aunque con unos límites marcados por las leyes fundamentales y los fueros.

El poder político es personal, frente a la división de poderes, el poder para el tradicionalismo sólo es uno pero podía ser limitado por un sistema institucional a nivel nacional y una red de organismos regionales autónomos.

Las Cortes, se era abiertamente favorable a la existencia de las Cortes, pero las propias del Antiguo Régimen, en decadencia por el reforzamiento de las monarquías por lo que proponían una renovación que las dotase de nuevo de todo su poder y sentido aunque con funciones más limitadas que las Cortes que proponían los liberales. Sus componentes deberían de representar los pilares sociales del reino, esto es, nobleza, clero y estado llano junto a los reinos o regiones en contraposición con la representación liberal asentada en el sufragio censitario inorgánico.

Particularismo sociopolítico y regional, frente al interés homogeneizador del liberalismo que tendía a igualar a ciudadanos y territorios centralizando el poder en la medida de lo posible los tradicionalistas apelaban a la pervivencia de los particularismos que respetaba las formas de vida tradicionales e históricas de los pueblos y, a la vez, servían de freno al poder real.

Religión e Iglesia, frente a la tendencia secularizadora liberal que amenazaba los pilares fundacionales de la nación española.

El sustrato social de este precarlismo que sustentaba esta doctrina contrarrevolucionaria se componía de millares de realistas que acabaron por alzarse en armas contra el gobierno liberal presentando inequívocas concomitancias con el carlismo posterior: labriegos, pequeños propietarios, clero regular y secular, empleados públicos, militares, profesionales, artesanos y, en menor proporción, alta nobleza y clero. Tan abigarrada composición social tenía su correspondencia en la diversidad de sus aspiraciones, si bien la argamasa que los cohesionaba era la lucha contra el enemigo común que encarnaba el liberalismo que con iniciativas como la desamortización, la política fiscal, la polí-

tica religiosa y en general el desmantelamiento de las estructuras e instituciones tradicionales «municionaba» la ideología contrarrevolucionaria.

El aldabonazo final que provocó que el infante don Carlos se animase a dar el paso definitivo y mostrase abiertamente sus cartas se hizo esperar hasta 1830 ¿Por qué? Porque es cuando acontece un hecho capital que, a la postre, le desplazará como primer candidato a la sucesión de su hermano. Nació el problema sucesorio.

Aunque la Partida II^a de Alfonso X permitía la sucesión a las mujeres, esta norma había sido modificada por Felipe V en el Auto Acordado con las Cortes de marzo de 1713 que otorgaba a cualquier varón de la familia real prioridad sobre las mujeres aunque estas fuesen herederas por vía directa y primer grado del monarca.

Este Auto Acordado no puede, si bien con frecuencia lo es, equipararse a la Ley Sálica francesa que simplemente excluía a las mujeres del trono pues el Auto Acordado, sólo daba prioridad a los hombres pero no excluía a las mujeres. En 1789 las Cortes que proclamaron a Fernando VII heredero registraron la propuesta de Campomanes para derogar el Auto Acordado pero esta propuesta no llegó a ser promulgada.

Llegados a 1830 y antes de saber el sexo de la criatura que gestaba la joven reina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, el rey decidió promulgar la Pragmática Sanción el 29 de marzo de 1830 que derogaba el Auto Acordado restaurando las viejas normas sucesorias abolidas por Felipe V. Sin embargo, esta decisión fue rechazada por los carlistas que defendían que una Pragmática Sanción realizada sin el concurso de las Cortes no podía invalidar el Auto Acordado refrendado por estas ni siquiera basando tal Pragmática en la aprobación de las Cortes de 1789¹¹. Este fue el conflicto dinástico que todavía hoy está inconcluso.

A partir del nacimiento, el 10 de octubre de 1830, de la infanta María Isabel Luisa se produce la génesis de la confrontación que suscitaría el carlismo, ahora agrupado en torno a la figura del hermano del rey que aceptaba ostentar la representación de los intereses y consignas que realistas y apostólicos habían mantenido desde el inicio del proceso de cambios que generó la llegada del liberalismo.

11 BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas Editorial, 1992, p. 67 y siguientes.

Un movimiento que agrupaba a un variopinto espectro social: alto y bajo clero, pequeña y baja nobleza, militares, funcionarios, pequeños propietarios, campesinos norteños y, como es habitual, personajes con intereses más personales que ideológicos (conde de España, Romagosa, etc).

La cadena de acontecimientos que median entre el nacimiento de la princesa Isabel y la muerte de su padre, Fernando VII, no fue más que una sucesión de decisiones contradictorias de un monarca presionado por intrigas palaciegas, entre las que sobresale los «sucesos de la Granja» acontecidos en verano de 1832, promovidas por la facciones isabelina y carlista para que el rey optase por designar a su candidato como heredero al trono.

Y no sólo las intrigas eran los medios utilizados para domeñar la voluntad de un rey enfermo que veía cercano el momento de su muerte, también estallaban revueltas promovidas por un carlismo emergente aunque prontamente sofocadas (entre ellas la eclosión en Toledo y sur de Madrid en diciembre de 1832 de mano de los Voluntarios Realistas liderados por el coronel Juan Campos y España en la que estaban implicados el general Maroto, Grima-rest, conde de Negri y el alto funcionario de origen vigués Marcó del Pont)¹².

La gota que colmó el vaso de la paciencia del rey se produce en enero de 1833 con una nueva intentona surgida entre los Voluntarios Realistas de León¹³ instigados por el obispo Abarca y que es nuevamente yugulada.

Ahora el rey acaba por decidirse, consiguiendo que el rey de Portugal llamara a su lado a su hermana, la Princesa de Beira, cuñada de don Carlos y férrea partidaria de su causa, lo que a la postre supuso que también don Carlos abandonase España en marzo de 1833 y se estableciese en Portugal junto a su familia y seguidores más cercanos.

A cambio de una generosa renta económica, el monarca solicitó a su hermano que reconociese a la infanta Isabel como heredera al trono. No lo logró.

La muerte del rey, en septiembre de 1833, supone la espoleta que activa el larvado conflicto que se viene gestando desde veinte años atrás: la Primera Guerra Carlista (1833-1840). Siete años de

¹² Ídem, p. 41.

¹³ Ídem, p. 46.

cruenta guerra civil, miles de muertos, una maltrecha economía y un triunfo relativo de los liberales no fueron suficientes para que uno de los dos bandos se impusiera con claridad, ya no en términos militares sino políticos, sobre el otro dejando el conflicto meramente en suspensión que volvió a aflorar en la Segunda Guerra Carlista (1846-1849) a la espera del choque definitivo. Pero esa es otra historia.